

Húngaros

Alberto Conejero López

Dicen que ha llegado un extranjero, un encantador de la tierra de Lidia, perfumado su cabello de rubios rizos y con los oscuros encantos de Afrodita en su mirada, y que de día y de noche va seduciendo a nuestros jóvenes con ritos de evohé.

Bacantes, Eurípides

PERSONAJES

EL HÚNGARO

EL HIJO, de un primer matrimonio.

LA HERMANA, del segundo matrimonio.

LA MADRE, propietaria de los invernaderos.

El signo / en los diálogos indica que la réplica siguiente se sobrepone a la inmediatamente anterior

LUGARES DEL DRAMA

LA CASA: Una antigua alquería en una nueva ciudad industrial, reformada innecesariamente en multitud de ocasiones. Desde la azotea, un mar de antes y de sábanas conduce a las afueras y allí los invernaderos, como bloques de hielo sobre la tierra roja.

LOS INVERNADEROS: Estructuras de metal ligero y plástico. Rodeadas de armaduras de electricidad y construcciones de cemento armado. Desde el interior, láminas traslúcidas que provocan violentos cambios de luz y que convierten el sonido de la respiración de los trabajadores en un estruendo sordo.

LA NAVE: Antiguo almacén de fertilizantes y herramientas. Alquilado por los propietarios a la mano de obra ocasional

LAS ALAMBRADAS: Empalizadas de espino. Al contrario que los muros permiten ver aquello que prohíben y son fácilmente trasladables.

En escena todos los espacios se sobreponen los unos a los otros, ahogándose, mezclándose hasta formar un único paisaje: plástico y cemento, tierras y ventanas que se cierran de golpe. Y las alambradas rodeándolo todo.

NOTA: Esta obra tuvo una ya lejana primera redacción que fue publicada en la revista *Primer Acto*. He sentido la necesidad de regresar a ella y de rescribir muchas de sus escenas y diálogos en diciembre de 2010, en Madrid.

PRÓLOGO

A MAGYAR A DRÓTHÁKADÁLYÓKBAN¹

Las luces encendidas de un coche atraviesan a duras penas la noche cerradas. EL HÚNGARO, con una pala en las manos, se detiene junto a las alambradas. Tiene las manos y las ropas llenas de tierra. La lluvia, al caer sobre su cara, extiende el barro por las mejillas, convirtiendo su rostro en una máscara agrietada.

EL HÚNGARO.- Escúchame. El carnicero. Aquel gordo alemán que nos sonreía detrás del mostrador, con el delantal y las encías llenas de sangre. Nos sonreía. Acariciaba su tripa de perdedor en el mejor de los lados o de ganador en el peor de los lados, le daba igual, decía, porque era carnicero y no distinguía la guerra de lo que no era la guerra. Una vez al mes o una vez cada dos meses, cuando entre mi hermano y yo reuníamos la cantidad que empieza a ser considerada dinero, atravesábamos nuestra ciudad, la remendada Drebecen, pisoteada por los tanques, manchada por el barro de tantos ejércitos que ya no recordábamos qué color tenía el suelo de nuestras calles; la atravesábamos para llegar delante del mostrador de aquel gordo alemán. Nos plantábamos delante del mostrador y veíamos cómo cortaba la carne con el pulso de un cirujano, hijo de puta alemán carnicero. Nosotros con la boca llena de saliva, deseando quitarle el cuchillo y asesinarlo. Él lo sabía, por eso sonreía acariciándose la tripa. Por eso sonreíamos nosotros. “Amigos”, nos decía, “aquí tenéis vuestro filete, su porción de la otra Europa jugosa y blanda”.

Hasta que una tarde el gordo alemán carnicero nos hizo pasar al cuartillo en el que se echaba la siesta y llevaba la cuenta. “Pasad, amigos” dijo con la boca más abierta que nunca, las encías llenas de sangre, el blanco de los ojos lleno de sangre. Apestaba a güisqui, le apestaban las axilas de fanfarrón en el lado equivocado. Tenía una foto de Elizabeth Taylor colgada junto a la de Hitler. Sonreía, con la dentadura perfecta, la mirada seductora, como diciendo: “¿A qué esperas para llevarme a la cama?”. Era un

¹ N.A. Algunos títulos de escena y parlamentos están escritos en húngaro. Este primero: *El húngaro en las alambradas*. Agradezco a Beata Bankok su amable ayuda con las traducciones.

galán aquel Hitler. Eso pensaba yo mientras el gordo carnicero nos servía un trago y nos daba algo envuelto en el papel de la carne.

-Tomad. No digáis que el pueblo alemán guarda sus tesoros en los bolsillos.- El vaso temblaba en nuestra mano. ¿Qué está tramando el gordo alemán carnicero?

- ¿Queréis abandonar esta jodida ciudad? –nos preguntó- ¿queréis salir de esta mierda de ciudad?- Mi hermano pequeño se echó a reír.- ¿Sabéis cuántos meses de oficina, de papeleos, de sobornos, cuesta abandonar este país?- Claro que lo sabíamos. Dos cifras teníamos claras. Ésa y la de los nombres tachados del libro de familia. –Es barato, amigos, barato-. Se lo prometimos, le juramos reunir la cantidad. Barato era mucho más de lo que nunca tuvimos.

Nos abrazamos al salir del negocio del gordo alemán carnicero. Es una semana nos marcharíamos. Y mirábamos con odio nuestra ciudad, como si ya no fuéramos parte de ella. Nos burlábamos de los muertos, estúpidos cadáveres que daban arcadas al nombrarlos, vomitando sangre entre las ruinas, rotos a golpes, contemplad cómo abandonamos este teatro en el último acto, estúpidos muertos, nuestros padres, nuestros abuelos....

Llorábamos de felicidad en el camión, escondidos entre las reses muertas. Atravesamos el río Tisza, la gran llanura, el Danubio (malditorio con las riberas llenas de muertos), el lago Balatón. ¿Cuántas noches pasamos dentro del camión de aquel gordo alemán carnicero? Aquella capa de escarcha sobre nuestros párpados, la sangre de las vacas goteando encima. Mi hermano en mi regazo, tosiendo, suplicando: “Si eres mi hermano, mátame, si de verdad eres mi hermano, mátame”. Hijo de puta, detén el camión, sácanos de aquí, sácanos de aquí. La policía le paró en Austria. Abrieron las puertas del camión. –Abajo, deprisa, deprisa. ¿De dónde son ustedes? ¡El pasaporte, el pasaporte! La carretera. El gordo alemán maldiciéndonos, el coche celular. Mi hermano. El olor de la carne ya podrida. Un segundo. ¿Para qué pensármelo? Le quité la pistola, le disparé en la sien, al policía, después a otro. ¿Cuántos días fueron? ¿Cuántas noches fueron? Mendigando de pueblo en pueblo, aprendiendo palabras que nos quitaran el hambre. Mi hermano enfermo, las calles limpias de carteles, gente con los abrigos sin remendar: “¡Europa, Europa!” me decía mi hermano y se rendía a la fiebre. Austria, Francia, España, hasta llegar aquí, a esta pocilga que llamáis “casa en alquiler? Ojalá nunca nos hubiésemos montado en ese maldito camión, ojalá me hubiera muerto yo, pero ha sido él, en mi regazo, en un rincón

de tu “casa en alquiler”, mientras me suplicaba que lo devolviese a casa. Allí teníamos un nombre con el que pasear por el infierno, amigo.

Así que no nos vamos a marchar. Corre y dile a la señora que no nos vamos a marchar. *Hová akarod hogy menjek?*² Esta noche he enterrado a mi hermano y estoy cansado. No, no te vayas aún. Siéntate conmigo. *Nézz a kezeimet: tele vannak földdel*³. Ha muerto mi hermano, un húngaro, y debo llorarlo: no porque haya muerto viejo ni joven sino porque murió donde no debía hacerlo. Espera, amigo, no te vayas, no corras. *Tartozol nekem egy fiútestvérrel!*⁴ ¡Me debes un hermano!

Una carrera. Las luces del coche tiemblan bajo la tormenta y desaparecen camino de la ciudad. El polvo de la carretera, en la huída del coche, se levanta y se mezcla en el aire con la lluvia, regresando a la tierra convertido en barro. EL HÚNGARO tira la pala contra las alambradas y sale corriendo.

² ¿Adónde quieres que vaya?

³ Mírame las manos: las tengo llenas de tierra.

⁴ ¡Me debes un hermano!

I

A LA MAÑANA SIGUIENTE, AL AMANECER

LA MADRE entra en la habitación en la que duerme LA HERMANA. En silencio, coge una silla y se sienta al lado de la cama. Tras unos segundos, extiende la mano hacia la cabeza de su hija. La caricia, detenida en el aire, tiembla en el claroscuro de la habitación. LA HERMANA se despierta de repente y grita asustada.

LA MADRE.- Antes de que digas nada, antes de que te levantes y me obligues a marcharme, quiero que me oigas. Porque créeme, hija, que cuando hace unos minutos algo me sacó de la cama y me arrastró hasta tu habitación, créeme cuando te digo que, al verte dormir, me has parecido tan desconocida y extraña como la primera vez que te tuve entre los brazos.

LA HERMANA se levanta y corre hasta la ventana. La abre de par en par. Enciende un aparato de música.

Pero ahora ya sé qué es lo que necesito y que me ha arrastrado hasta tu habitación. Y lo que necesito, hija, es que si yo, al verte dormir, he conseguido olvidarme de todos estos años de pelea, te pido que tú, que acabas de despertar y no has tenido tiempo de recordarlos, te olvides también de todo lo que ha pasado entre nosotras y que seamos capaces de estar las dos en una misma habitación y que podamos empezar sin empezar nuestra lucha, nuestro combate.

LA HERMANA.- ¿De qué combate hablas, mamá?

LA MADRE.- De nuestra guerra, hija, que es la peor de las guerras. Olvídala.

LA HERMANA.- No sé de qué me hablas. Vuelve a tu habitación y duérmete otra vez.

LA MADRE.- No te rías de mí, por favor.

LA HERMANA.- ¿Qué es lo que quieres?

LA MADRE.- Quiero vivir tranquila en mi casa. Quiero ir al baño y pensar: “estoy tranquila en mi baño”, quiero meterme de noche en la cama y pensar: “estoy tranquila en mi cama”. Y quiero que tú estés tranquila, que seas feliz en esta casa, porque es lo único que tienes. Que olvides lo que te hice, si es que alguna vez te hice algo, y que vivamos en paz en esta casa.

LA HERMANA.- Me tienes que ayudar porque no sé de lo que hablas ¿Qué es lo que hay que olvidar?

Empieza a vestirse. LA MADRE va hasta la puerta pero de repente se vuelve, cierra el armario de golpe y la lleva hasta la cama.

¡Suéltame!

LA MADRE.- Te pedí perdón una vez y es suficiente. No vas a seguir humillándome. Porque me hago vieja y estoy cansada para defenderme, y más cansada aún para sentir vergüenza. Aprende a vivir de otra manera si es que quieres seguir bajo estos techos. Y si no puedes, si tanto sufres en esta casa, pon todas tus cosas en una maleta y márchate de aquí. Lo que hice... me lo has recordado día tras día, siempre el mismo escupitajo en la cara. ¿Es que sigues aquí sólo para recordármelo? Habla ¿Vas a marcharte?

LA HERMANA.- Tú no sientes vergüenza. Pero yo sí. No vengas a gastarme bromas tan temprano. No me pidas que te perdone.

LA MADRE.- Lo único que te pido es que si en todos estos años nos hemos odiado como madre e hija, ahora nos respetemos como las desconocidas en que nos hemos convertido.

LA HERMANA.- Mamá...

LA MADRE.- No he querido decir eso. Siempre terminas consiguiendo que diga algo que te duela.

LA HERMANA.- Sal de la habitación, por favor.

LA MADRE.- Déjame explicarte.

LA HERMANA.- Da igual, mamá. Tengo que vestirme. Sal de la habitación.

LA MADRE.- Necesito que me perdones.

LA HERMANA.- Necesitas que no te estorbe. No puedes distraerte, no puedes gastar fuerzas en algo que no sean los invernaderos y esos malditos húngaros. Eso es lo que quieres. ¿Crees que no he adivinado lo que querías cuando te has sentado a mi lado, a espiar mis sueños? Es demasiado temprano. No me has dejado tiempo para prepararme.

LA MADRE.- *(Coge a su hija por una muñeca y la arrastra hasta un espejo de pared.)*
Mírame. ¿Quién te crees que soy? ¿Por qué te ríes de mí?

LA HERMANA.- Nunca me he reído delante de ti, mamá.

LA MADRE.- Respóndeme y te dejaré en paz. ¿Dónde estuvo tu hermano anoche?

LA HERMANA.- Estaba dormida. No puedo saberlo.

LA MADRE.- No me mientas. Ni tú ni yo estábamos dormidas cuando regresó el coche. Le oí entrar en tu habitación, os escuché hablar. ¿De dónde venía?

LA HERMANA.- ¿Por qué no se lo preguntas a él? ¿Por qué vienes a mi habitación y finges interesarte por mí? ¿Por qué no me dejas en paz?

LA MADRE.- Estuvo en los invernaderos, ¿verdad? Estuvo en la nave, con los húngaros. Contesta.

LA HERMANA.- Suéltame.

LA MADRE.- ¿Dónde estuvo tu hermano?

LA HERMANA.- Una cosa/

LA MADRE.- ¿De qué hablasteis?

LA HERMANA.- /antes de que te vayas/

LA MADRE.- ¿Por qué no me lo dices? / ¿Qué?

LA HERMANA.- Tendrías que haberme enseñado a llorar. Todo sería más fácil.

LA MADRE sale. LA HERMANA se queda inmóvil durante unos segundos, con los ojos cerrados. Un golpe de aire recorre la habitación y se estrella contra sus párpados. Sin abrir los ojos, se acerca a la ventana y se desabrocha la camisa.

LA HERMANA.- Egész este vartalak⁵.

Oscuro.

⁵ Te he estado esperando toda la noche.

II

UNA CRUZ EN LA CARRETERA

Cuando LA MADRE abre la ventana, la luz del amanecer se amontona sobre el cuerpo desnudo de EL HIJO. La Madre se sienta en la cama y le acaricia la cabeza.

EL HIJO.- *(Se cubre con la sábana.)* ¿Qué haces levantada tan temprano?

LA MADRE.- He esperado a que amaneciese para hablar contigo.

EL HIJO.- Sal mientras me visto. /

LA MADRE.- ¿Qué te ha pasado? /

EL HIJO.- ¿Qué?

LA MADRE.- ¿En la rodilla? ¿Cómo te has hecho eso?

EL HIJO.- Aparta, mamá. No es nada. Fue ayer, con la lluvia, un resbalón idiota al salir del bar.

LA MADRE.- ¿Por qué no te limpiaste al llegar a casa?

EL HIJO.- Es sólo un poco de tierra.

LA MADRE.- Lávate esa herida. *(Deja en una silla la ropa que traía y empieza a recoger la que está esparcida por el suelo de la habitación.)* ¿Vas a estar en casa cuando vuelva?

EL HIJO.- ¿Adónde vas?

LA MADRE.- A avisar a alguien. Para que se lo lleven. El cadáver. Para que lo entierren de una maldita vez o lo tiren a un río o lo quemen, si es lo que quieren. Pero que se lo lleven. Les dijimos: “Os damos un ataúd, ni cara ni barato, un ataúd”. Pero no lo quisieron. Tuvieron que construirlo ellos con sus manos, cortar la madera ellos, martillar los clavos ellos. -Está bien –pensé- lo meterán en su dichoso ataúd y se lo llevarán a su país o llamarán para que lo entierren aquí. Pero ya han pasado tres días desde que ese pobre muchacho murió y no he sabido nada. Que lo entierren. Ellos o nosotros.

EL HIJO.- Ya lo han enterrado.

LA MADRE.- ¿Qué? ¿Cuándo se lo llevaron?

EL HIJO.- Ayer.

LA MADRE.- ¿Y no me has dicho nada? ¿Adónde se lo llevaron?

EL HIJO.- Lo ha enterrado en el camino, antes de llegar a la carretera.

LA MADRE.- ¿Qué dices?

EL HIJO.- Han cavado una tumba al lado del camino y lo han enterrado.

LA MADRE.- ¿En la cuneta?

EL HIJO.- No importa. Lo han enterrado y ya está.

LA MADRE.- ¿Qué clase de animal entierra a alguien en una cuneta?

EL HIJO.- En la cuneta o en un cementerio, qué más da. Lo importante es que ya está enterrado. ¿No es lo que querías?

LA MADRE.- En la carretera. Por donde pasamos todas las mañanas, por donde volvemos todas las noches. Ninguna importancia, dices. Y tú, ¿cómo te has enterado?

EL HIJO.- La tierra estaba removida. Un trabajador que pasó por allí lo vio y me lo ha comentado. En el bar. Ayer tarde. Alguien que pasó por allí y vio la cruz.

LA MADRE.- ¿Una cruz? ¿Quién dices que la vio? ¿Por qué no me lo dijo a mí? He de avisar a la Policía. Hay que desenterrarlo. Antes de que pase más tiempo. Antes de que sea más difícil sacarlo de allí. ¿Quién dices que lo vio?

EL HIJO.- No lo recuerdo. Creo que fue uno de ellos. En el bar me lo dijo. ¿Adónde vas?

LA MADRE.- ¿Te has vuelto loco tú también? ¿Crees que voy a dejar que eso siga ahí, en mitad de mis tierras, por donde pisamos, por donde trabajamos? (*EL HIJO le impide el paso.*) ¿Qué haces? Enterrarlo allí, como si fuera un perro... no me importaba que siguiesen en la nave unos días más, un tiempo hasta que supiesen dónde ir, no soy ninguna desalmada. Ahora tienen que marcharse. No hay trabajo. Ya casi no hay trabajo para nosotros. Y tienen que sacar a ese muchacho de ahí. ¿A qué están esperando?

EL HIJO.- Su trabajo.

LA MADRE.- Saben que es imposible. ¿Qué buscan, que los echemos a patadas? No hay más dinero, si es lo que están buscando. Mientras lo hubo les pagamos bien. Mucho más dinero del que nunca hubieran soñado. Pero ahora se ha terminado. Que se marchen y que entierren a ese pobre como una persona. No habría que meter a la policía por medio, es mejor que la policía no se meta en nuestros asuntos. Al lado del camino, y con una cruz... y tú sin decirme nada./

EL HIJO.- Esperaba/

LA MADRE.- ¿A qué? Tú más que nadie deberías preocuparte, intentar que esto se solucione cuanto antes y no andarte con secretos y/

EL HIJO.- Yo no los despedí. Trabajan bien, se les pagaba lo justo. Ni un céntimo más. Podríamos haber intentado reducir costes por otro lado. ¿Adónde van ahora?

LA MADRE.- ¿Qué te importan a ti los húngaros, qué tienes que ver tú con los húngaros? Tú mejor que nadie sabes a lo que hemos tenido que renunciar para tener esos metros de plástico y cómo todo el esfuerzo de tantos años puede desaparecer en cualquier momento. Yo no te obligué. Podrías haber estudiado si hubieras querido, podrías haber elegido cualquier otra cosa, pero te quedaste conmigo en los invernaderos. Y sabes que te estoy muy agradecida. Así que no me creo lo que dices.

EL HIJO.- No había ninguna razón para despedir a los húngaros.

LA MADRE.- Lo hice cuando no tuve más remedio. Oía hablar a uno y a otro y a otro más y todos decían lo mismo. “Los húngaros tienen que marcharse. No hay dinero para todos, no hay sitio para todos”. Y siempre hay algo: una cabina ardiendo, un coche que desaparece, un navajazo en alguna discoteca. Yo sólo sabía que trabajaban bien. Y aunque todo el mundo decía que tenían que marcharse, yo les di un sitio donde dormir y un buen sueldo. Pero ahora no hay dinero. Se terminó. *(Se dispone a salir.)*

EL HIJO.- ¡Espera!

LA MADRE.- ¿Qué ocurre?

EL HIJO.- ¿Si quieres, iré esta noche y quitaré la cruz. Pero deja las cosas como están. Pasará el tiempo y ni tú misma te acordarás. La tierra tendrá el mismo color, lloverá y crecerán plantas por encima. ¿Qué importa? Deja las cosas como están, te lo suplico.

LA MADRE.- Plantas por encima, plantas por encima. ¿Estás idiota? ¿Qué pasa con los húngaros, te han dicho algo?

EL HIJO.- Nada.

LA MADRE.- ¿Cómo supiste que lo habían enterrado allí? Fuiste a las naves, estuviste con ellos. ¿Te han hecho algo, hijo? No me mientas, por favor. Nos dijeron que no debíamos acercarnos hasta que se fueran o los echaran. ¿Qué es lo que te han dicho los húngaros? Pero da igual. Mañana llegan los nuevos y tendrán que marcharse. Aceptan sueldos más bajos y dicen que no trabajan más. ¿Qué puedo hacer? Tendremos que volver nosotros también a los invernaderos. Mañana tendremos que madrugar, ir a la plaza antes de que nos quiten a los más fuertes. *(Le acaricia la cabeza.)* Esto tiene que pasar. Los dos sacaremos esto adelante. Podrías haberte marchado, haberme dejado sola en mitad de esta horrible ciudad, pero te has quedado con tu madre. Y yo te lo agradezco tanto que a veces me dan ganas de llorar cuando te veo entrar por la puerta. Estamos aquí, los dos solos. Los dos contra todos y todo. Pero saldremos adelante. Volverá el dinero. Una vez levantamos esto de la nada y volveremos a hacerlo. *(Ya en la puerta.)* ¡Tres días con ese pobre muchacho muerto para luego enterrarlo en la cuneta!

Pero mañana llegan los nuevos y tienen que marcharse. O se van ellos o tendrá que venir la policía. Ha sido una pena. Voy a hacer a que lo entierren como a una persona.

Sale. EL HIJO acaba de vestirse despacio. Luego, de repente, sale corriendo. Afuera, la luz de la mañana hace brillar el asfalto de la carretera y se cuela por las grietas abiertas de la cruz de madera. En la tierra, en los ojos del húngaro muerto, la última ráfaga de vida estalla y desaparece.

III

A ZÁRT AJTÓK⁶

LA HERMANA.- Si fueras capaz de entrar sin que ella te viera, sin que se metiese por medio; si estuvieras pegado a mí todo el día y toda la noche, separados tan sólo por un sudor ciego y sordo, quizá entonces me olvidaría de lo sola que estoy. Podrías hacer tanto por mí. De noche, cuando me tumbo en la cama, siento cómo pasas rápido por encima de mi pecho. Apenas un segundo. Lo suficiente para notar tu estómago sobre el mío, tus muslos sobre mis muslos, tus labios sobre mis labios. Lo suficiente para que dejes esa huella profunda, cálida sobre mi cuello. “Hueles a resina” pienso e intento que el sueño me arrastre lejos... En algún rincón de la habitación, las palabras que me has susurrado al oído giran sobre la oscuridad y desaparecen. Estoy desnuda e imagino qué agradable sería estar tumbada sobre la tierra húmeda esperando la tormenta. Una tormenta que empujase mi cuerpo hacia abajo, hacia lo oscuro, que me sepultase donde ni yo misma me pudiese encontrar. Sería tan feliz allí, viendo a la gente pasar por encima con todas sus miserias y su cansancio, escondida como un trozo de hielo que espera los últimos días de febrero para deshacerse, Y me olvidaría del miedo y de la rabia y entonces ya no me haría falta que me ayudases. Pero ella no te deja entrar. Tiene miedo de lo que no ha salido de sus tripas o de sus manos. Por eso está sola, por eso estoy sola. Pero no puedo marcharme. Como todos. Mucho antes desde que esta ciudad fuese una ciudad. “Hay dinero”, decían, “no hace falta que nos traslademos a la ciudad porque nosotros acercamos la ciudad con nuestras manos. Con nuestro esfuerzo, levantamos edificios, carreteras, jardines”. Pero era mentira. Todo lo que salga de nosotros siempre será pobre. Pero tú me sacarás de aquí, me llevarás a otro sitio donde el amanecer será frío y las horas no se parezcan tanto las unas a las otras. Por eso quiero dormir. Por eso me gustaría pasar todo el día y toda la noche durmiendo. Sobre la tierra húmeda. En mis sueños, ella no puedo vigilarme. Así que he aprendido a estar despierta cuando duermo, a mezclar las dos corrientes dentro de mis ojos como un río único que me arrastra y que me hace seguir viva. Tanto que ya alcanzo a distinguir cuando estoy dormida o despierta. Y sólo quiero encontrarte en mitad de ese río. Sé que será pronto.

⁶ Las puertas cerradas.

Nos cruzaremos de bruces en mis sueños y me abrazaré a tus rodillas, como una loca, a tu cuello, para que nada nos separe cuando me despierte. Y entonces harás por mí todo lo que ahora no haces por ella no te deja, porque ha tapiado las puertas por donde podría salir a buscarte y ha puesto alambradas para que no vengas a buscarme. Por eso, amor mío, duerme, duerme siempre, hunde tus ojos en la corriente, déjate arrastrar hasta la oscuridad donde ella no nos encuentre, donde tu boca y mi boca, como dos piedras en mitad de una riada, no dejen de golpearse. Duerme, duerme, olvida que ella no te quiere porque no has salido de sus tripas o de sus manos. Por eso yo nunca dejo de recordarle tu nombre, por eso yo me defiende con tu nombre. Tu nombre: *nagyon szeretlek*⁷.

Se queda dormida junto a la puerta cerrada. Oscuro.

⁷ Te quiero.

IV

DÉLBEN⁸

En los invernaderos.

EL HIJO.- No te quedes ahí sentado, sin hacer nada. *(Le quita el cigarrillo de la boca.)*
¿Por qué te quedas ahí parado mirándome con esa estúpida sonrisa? ¿Crees que hay algo gracioso en todo esto?

EL HÚNGARO.- Tú me has llamado. Tú sabes por qué estamos aquí. Yo espero.

EL HIJO.- Te he ayudado. Eso lo sabes, ¿verdad? Así que ahora es justo que me ayudes tú a mí. Nadie ha tenido la culpa de que las malditas cosas han terminado mal. Devuélvame el favor. Ahora que ya no sé puede hacer nada. Así que dejemos las cosas como están y olvidémonos para siempre.

EL HÚNGARO.- ¿Qué es lo que quieres?

EL HIJO.- Marchaos hoy mismo de los invernaderos, esta misma noche. Toma. Sé que no es mucho pero de algo te servirá. Cógelo.

EL HÚNGARO.- *(Quieto, sin coger el dinero que tiembla en la mano de EL HIJO.)* No es el momento de irme de esta ciudad.

EL HIJO.- Coge el dinero y vete. No lo entiendes.

EL HÚNGARO.- Ese dinero no es mío. Quiero que me devuelvan lo que me han quitado.

EL HIJO.- No te han quitado nada. Nadie va a mover un dedo por vosotros. Mañana llegan los nuevos y llamarán a la policía para que os echen de aquí. ¿Crees que la policía va a venir a devolveros vuestros trabajos? Os pedirán el pasaporte y luego sabrán qué hacer con vosotros. Así que coge el dinero y vete, amigo. Hay otros sitios donde trabajar, otros sitios donde hacen falta hombres y aún queda algo de dinero. Tu hermano. Intenté convencerla para que no llamase. Le dije: “Mamá, no lo desentierres, déjalo descansar de una vez por todas”. Le dije que no sacase a un muerto de la tierra aunque esa tierra fuera la suya y no la del cementerio. Pero era un locura. Es una locura enterrar a alguien como un perro. ¿Por qué lo hiciste? Así que cuando lo desenterraron y

⁸ Al mediodía.

lo llevaron al cementerio yo recé y dije “que descanse”. Ahora tienes que marcharte y olvidar. ¿Por qué no me hablas? Devuélveme el favor, tienes que hacerlo. ¡Habla!

La humedad agolpada en las láminas de plástico compone deformes figuras en las paredes del invernadero. Enormes gotas de sudor resbalan por las mejillas de EL HIJO. A contraluz, en el fondo cegador de la entrada, la figura de EL HÚNGARO se recorta angustiada y salvaje. EL HIJO se abalanza contra él y lo zarandea por los hombros. Siente cientos de pinchazos y algo para lo que no encuentra nombre.

EL HIJO.- ¿En qué demonios estás pensando? Dime qué quieres de una maldita vez.

EL HÚNGARO.- Buscaba algo en ti que estuviese dentro de tu hermano. Una misma raíz que os atravesara a los dos. Pero es difícil y no sé por qué si los dos habéis salido de la misma madre. Eso pensaba. “La piel es distinta, los huesos son distintos, las tripas son distintas”. Y ya casi estaba convencido de que no erais hermanos porque no hay nada más fácil que reconocer cuando alguien ha salido de las mismas tripas que el otro. Casi estaba convencido cuando me has cogido por los hombros y lo he descubierto. *Bezártam a szemeimet és láttam a fájdalmtat, fákdalmitokay, olyanok mint az enyéme⁹*. Ese dolor que tenéis agarrado con las uñas al corazón, a los huesos., a la piel. Y ahora vuelto a mirarte y no puedo dejar de ver a tu hermana.

EL HIJO aparta a EL HÚNGARO de un empujón y corre hasta la puerta del invernadero. Se detiene y gira. Ahora es su figura la que se recorta en la luz, un borrón que se estremece y se deshace.

EL HIJO.- Márchate esta noche y déjanos en paz.

El aliento de EL HÚNGARO, como una melaza de vino y barro, se solidifica en sus pupilas. Sale.

(Cuando EL HÚNGARO vio desenterrar a su hermano pensó en el Danubio; en las tumbas donde yacían los hombres junto a sus animales, con los ojos vueltos hacia el Este para que fueran los primeros en saludar al sol. Recordó las inscripciones en los

⁹ Cerré los ojos y vi tu dolor, vuestro dolor, que era igual que el mío.

ataúdes que impedían a los demonios entrar en los corazones de los muertos. Eso pensaba mientras sacaban a su hermano de la tierra para darle otra tierra. Aún más extraña y fría que la primera. Supo que ninguno de los dos descansaría jamás. Porque el espíritu del hermano se había refugiado en su pecho y temblaba sin consuelo.)

V

A délutan megérkezésekor¹⁰

Ráfagas de viento abren y cierran de golpe la ventana de la habitación, violentamente, como el espasmo de un animal moribundo; cuando permanece abierta, la luz granate del atardecer se cuela en el dormitorio. LA HERMANA permanece de pie, junto a la cama. Iluminado por el delgado halo de luz su cuerpo se hunde y emerge de la oscuridad. EL HIJO entra. Se miran sin decir nada durante unos segundos. Él va hasta la puerta...

LA HERMANA.- ¿Qué te ha dicho? (*Un nuevo golpe de viento empuja las hojas de la ventana contra las paredes.*) Habla. ¿Qué te ha dicho?

EL HIJO.- Es mejor que lo sepas cuanto antes.

LA HERMANA.- ¿Qué, qué te ha dicho?

EL HIJO.- Se marchan. Esta madrugada. Vendrán a buscarlos. Los han contratado en el norte y vienen a llevárselos.

LA HERMANA.- No.

EL HIJO.- Lloro si quieres, grita si quieres. Pero no me mires así. Bastante te he ayudado, bastante he mentado por ti. De sobra sabes que esto podía terminar así.

LA HERMANA.- Me lo hubiera dicho. No se va a marchar.

EL HIJO.- No quisiste escucharme. No quisiste apartarte del húngaro cuando estabas a tiempo. No te importaba lo que te decía, sólo tenías ojos para el húngaro, oídos para el húngaros. Mentí tantas veces por ti que creí estar haciéndolo para mí. ¿Cuántas veces te dije que no lo volvieras a ver?

LA HERMANA.- Mientes. Vendrá a buscarme. Te ha dicho que vendrá a buscarme para llevarme con él y tú no me lo quieres decir.

EL HIJO.-Ni siquiera me preguntó por ti. Aceptó el dinero, que es lo que buscaba, y se marcha. Así que convéncete de que ya no tienes nada. Lloro, si quieres. Pronto lo olvidarás y llegará otro.

¹⁰ Al caer la tarde.

LA HERMANA.- No me trates como si fuera una niña. No vendrá otro. He elegido al húngaro y el húngaro me ha elegido a mí. Si espera algo es a mí. Si quiere algo es a mí. ¿Por qué me estás mintiendo?

EL HIJO.-Tú me empujaste, me obligaste a mentir a mamá, a justificar tus retrasos, a acompañarte a los invernaderos. Y lo hice porque te quiero y porque estabas ciega y sorda y en tu locura, al menos, habría alguien a tu lado. Por eso te ayudé. Los dos nos equivocamos. Perdóname y hazte a la idea de que se ha terminado.

LA HERMANA.- No se ha terminado. Pasaba un año y otro y reveía a ti y a mamá y a los demás conformaros con lo que teníais, vivir tranquilos con vuestras cosas. Yo cerraba los ojos y pensaba que la vida no era esto, que tenía que ser o mejor pero distinta. Y me tumbaba a esperar una noche y otra y otra algo que me habían arrancado y tenía que regresar a mí. Algo que de noche se acercaba a los sueños e inmediatamente me abandonaba. Por eso cuando el húngaro llegó lo reconocí. Y cuando quiso hacerme suya yo acepté y lloré de felicidad y de rabia. Porque comprendí todo lo que me habíais quitado estos años y cómo mi vida no era más que una extraña que dormitaba a mi lado. No me digas que el húngaro se marcha. He estado tan sola, tan lejos de todo que ahora no me imagino otra cosa que el húngaro. Por eso sé estás mintiendo y también sé por qué lo haces.

EL HIJO.- ¿Y yo? ¿Qué soy yo para ti? ¿Crees que yo no pienso esas cosas? ¿Crees que yo he elegido pasarme la vida debajo de esos plásticos? ¿Que yo sí lo merezco?

LA HERMANA.- Tú la has querido.

EL HIJO.- Mentira. Tuve que aceptarla por ti y por mamá. No me iba a marchar cuando había tanto trabajo, cuando había que ayudar. ¿Quién se iba a ocupar de los invernaderos, quién saldría a buscar el dinero para que no te faltase de nada?

LA HERMANA.- Ella quiso estar sola. Ella me separó de mi padre.

EL HIJO.- No has entendido nada. Ella dejó de amarle y lo apartó de su lado. Luego él no quiso saber nada más de ti. ¿Por qué la culpas a ella? No me mires así. ¿Por qué crees que sigo aquí, que renuncié a algo mejor que esta ciudad asquerosa y esos plásticos?

LA HERMANA.- No me grites.

EL HIJO.- Entérate. Hay que ser sencillo y resignarse. La vida no es buena ni justa. Te traicionas y sigues adelante. Habla del húngaro, preocúpate del húngaro pero no creas que él va a hacer nada por ti. Deja de echarnos la culpa de todo y aprende a estar tú sola.

LA HERMANA.- No soy tonta. ¿Crees que no me doy cuenta de cómo miras al húngaro, de cómo has vuelto temblando cada vez que lo has cruzado?

EL HIJO.- Cállate.

LA HERMANA.- Me ha elegido a mí. He tenido fuerzas. He sabido sufrir y he ganado. He ganado. ¿Me oyes?

EL HIJO.- Corre a los invernaderos. Quizá te lo cruces en la carretera y te aparte de un empujón. Corre detrás del húngaro. Olvídate de mí, de tu casa y corre como una puta detrás del húngaro.

LA HERMANA le da una bofetada y sale corriendo. El viento levanta las cortinas de habitación, que gira bajo los pies de EL HIJO. Afuera la tormenta se engendra a sí misma y choca contra su reflejo.

VI

LA TORMENTA

LA MADRE de pie junto a una puerta cerrada.

La Madre.- Lo peor era de noche. Cuando mi madre volvía a casa y yo despertaba de mi cansancio tras su portazo. Cuando ella cerraba la puerta y nos quedábamos las dos solas, sin decir nada durante un buen rato. Y cuando por fin se decidía a abrir la boca yo sabía que era para quejarse: de mí o de lo que fuese, pero sólo para quejarse. Y yo trataba de no escucharla, de pensar en otra cosa, pero no había otra cosa dentro de mí que aquella casucha en ruinas y el olor a trabajo y a desgracia que mi madre arrastraba detrás de sí. Así que a los pocos minutos de escucharla ya sentía ganas de abalanzarme contra ella y cerrarle la boca con las dos manos. Y por no hacerlo salía corriendo, maldiciendo a la noche que devolvía a mi madre a la casa y a mí misma por seguir empeñada en encontrar dentro de esa mujer unas cuantas migajas de lo que algún día fue mi madre. Mi madre cuando era la noche y los tres nos recogíamos aquí, en la calma tibia del salón, y afuera la tormenta golpeaba las ventanas y las puertas. Pero eso era antes. Ahora yo corría sin saber a dónde, tratando de arrancar de mi vestido la pegajosa tristeza de mi madre. Corría entre los troncos plateados de los abedules, noche arriba, aguantándome las lágrimas porque llovía y no quería llorar bajo la lluvia. Del cielo caían pequeñas flores amarillas y agua y la noche daba vuelta sobre sus tobillos y yo corría y lloraba porque la lluvia había crecido y era una tormenta y da igual llorar con la tormenta. El viento arrancaba de los pinos la corteza, dejando escapar ese olor que me recordaba a mi padre, cuando era la noche y él nos acariciaba a mí y a mi madre con sus manos grandes y los ojos verdes. Yo seguía corriendo bajo la tormenta, deshaciendo mis pasos de regreso a casa. Mi madre se había quedado dormida en el sofá y yo tenía que llevarla hasta la cama. Ella me decía: “perdóname, estoy cansada. No tengo fuerzas para ocuparme de ti. Lo entiendes, ¿verdad, pequeña?” Claro que lo entendía. Yo también había querido demasiado a mi padre y ahora no estaba, ya no estaba. Nos había abandonado y la vida transcurría sin preocuparse de mí. Como no se preocupaba mi padre porque nos había abandonado. Porque no se preocupaba mi madre porque se había roto tras el portazo. Esa noche me metí en la cama y el olor a pino y a lluvia saltó

de mi vestido y me golpeó en los ojos. Ahora el viento estaba dentro de mí y la oscuridad estaba dentro de mí; ahora yo era mi padre y mi madre y la corteza de los pinos y los troncos plateados de los abedules; por fin la vida se había fijado en mí. Al día siguiente di un portazo y abandoné a mi madre. Sabe Dios que lo hice porque la quería demasiado y no aguantaba su tristeza y que si Él no me ha perdonado yo tampoco lo he hecho. Pero tenía que marcharme, tenía que marcharme.

LA MADRE llora acurrucada junto a la puerta. Al fondo del pasillo, EL HIJO. Se acerca a ella y la levanta del suelo.

EL HIJO.- Levántate, mamá. Se ha marchado. Se ha ido con el húngaro.

Oscuro.

VII

Éjjel az iivegházakban¹¹

Cuando LA HERMANA salió corriendo hacia las naves vio a lo lejos como el cielo empezaba a cerrarse; y en su carrera, tratando de alejar de su pensamiento aquella terrible idea, no dejaba de repetirse: “tengo que llegar antes que la noche, tengo que llegar antes que la noche”. Sin embargo, cuando cruzó las alambradas, descubrió que la oscuridad se había posado en la carretera mucho tiempo antes. De rodillas, abrazada a la cintura de EL HÚNGARO. Éste, por un instante, levanta la vista hacia el techo de uralita; por los huecos que las piezas caídas han dejado, las últimas gotas de la tormenta se cuelan en hilillos, aquí y allá, dentro de la nave.

EL HÚNGARO.- Dejada de llorar. Levántate.

LA HERMANA.- Él dijo/

EL HÚNGARO.- Da igual lo que él dijese. ¿Por qué tienes que creer lo que te diga tu hermano? Mírame. Vamos, mírame.

LA HERMANA.- Sabía que era mentira pero ese miedo ya estaba dentro de mí y no me dejaba respirar, no me dejaba respirar, porque de repente estabas tan lejos, pero dentro de mí, ¿lo entiendes?

EL HÚNGARO.- ¿Por qué iba a dejarte? ¿Por qué iba a marcharte sin ti?

LA HERMANA.- Yo lo veía moverse, gritarme, pero no le entendía, y en mi corazón ya te habías marchado y me habías dejado sola como antes. Y él no paraba de hablar pero las palabras no salían de su boca, estallaban una detrás de otra bajo mi vestido. “Se va, te deja”. Y no lo entendía pero mi hermano/

EL HÚNGARO.- Deja de hablar. Estoy aquí .¿No me ves?

LA HERMANA.- Lo sé ahora que estás cerca y puedo abrazarte pero mañana... esta noche vendrán a/

EL HÚNGARO.- Cállate.

¹¹ De noche en los invernaderos.

Arrastra a LA HERMANA hasta un rincón de la nave y la desnuda. Ella cierra los ojos mientras EL HÚNGARO le mete los dedos de la mano izquierda en la boca; ella coge la mano que le queda libre y la lleva hasta su sexo mientras lo desviste. Afuera la tormenta ha renacido y por los huecos del techo los hilillos de agua caen con más fuerza. LA HERMANA besa a EL HÚNGARO por todo el cuerpo y va buscando un nombre para ese olor: resina, miedo, amor, paz. EL HÚNGARO la arrincona contra una pared. Cuando EL HÚNGARO entra en ella siente que es feliz por primera y última vez, y le araña la espalda. Lloro zarandeado por el dolor y el placer, colmada y vencida, resucitada y sepultada bajo el cuerpo de su amante. Mientras EL HÚNGARO piensa por cuántos caminos se llega a ningún lado.

EL HÚNGARO.- No hables ahora. Callémonos y estemos juntos.

LA HERMANA.- Escúchame. Tenemos que marcharnos esta noche. Ventrán y os echarán por la fuerza.

EL HÚNGARO.- Cálmate. ¿Quién va a venir?

LA HERMANA.-Ellos y la policía. Cuando amanezca. Cada invernadero, cada nave. Se lo escuché a mi madre. “Le daremos un buen susto”, dijeron. Y la policía lo sabe y vendrá con ellos. Porque no quieren más problemas con los vecinos y prefieren tenerlos con vosotros. Eso dijeron. Porque mañana llegan los nuevos y hay que hacerles sitio. Marchémonos ahora mismo. No los conoces.

EL HÚNGARO.- ¿Van a venir con la policía?

LA HERMANA.- No los conoces. “Un buen susto”, dijeron, “llevemos bidones de gasolinas y palos” dijeron. ¿Por qué no me respondes? No me asustes. ¿Qué piensas? Olvídate de ellos. Marchémonos. Mírame. Marchémonos.

EL HÚNGARO.- ¿Has dicho la policía? Deja de llorar. Deja de gritar.

LA HERMANA.- Pero/

EL HÚNGARO.- Cállate. *(Le da una bofetada.)*

LA HERMANA.- ¿Qué has hecho?

EL HÚNGARO.- Yo...

LA HERMANA.- No hace falta. No soy imbécil. Yo fui la primera en darse cuenta de lo que buscabas. No iba a tener tanta suerte. Debe de ser que no la merezco. Pero no importa.

EL HÚNGARO.- Abrázame. *Nem veszed észre, hogy mindjárt elsírom magam?*¹²

LA HERMANA.- No llores. Me da vergüenza ver a la gente llorar.

EL HÚNGARO.- No voy a dejarte. Hay que confiar. Espérame junto a la carretera en un par de horas. Espérame allí, junto a la cruz. Dame algo de tiempo. *Én is félek*¹³. Tengo que avisar a los otros. Tengo que decirles que recojan sus cosas y se larguen de esta maldita ciudad. Estarás esperándome cuando vaya a buscarte. Estarás allí, ¿verdad?

LA HERMANA echa a correr. EL HÚNGARO duda unos segundos antes de iniciar la cerrar. En ese momento, EL HIJO entra en los invernaderos.

EL HIJO.- ¿Dónde está?

EL HÚNGARO.- *Túl hamar besötétedett*¹⁴.

EL HIJO.- ¿Mi hermana? ¿Dónde está?

EL HÚNGARO.- Acaba de salir. Has tenido que cruzarte con ella. Suéltame.

EL HIJO.- ¿Dónde está mi hermana?

EL HÚNGARO.- No lo sé. Se ha marchado, se ha marchado.

EL HIJO agarra a EL HÚNGARO por los hombros, esperando impacientemente un grito, un golpe, algo que le hiciese entender que no era el único que estaba aterrado. Sin embargo, cuando EL HÚNGARO se giró y le sonrió no logró descubrir en sus ojos más que aquella luz triste y cegadora que tantas veces le había despertado de noche. Entonces EL HIJO intenta golpearle pero cae al suelo.

EL HIJO.- *(Desde el suelo.)* ¿Qué es lo que quieres de nosotros?

EL HÚNGARO.- Levántate/

EL HIJO.- Estoy cansado de ti, de escucharte hablar sin que digas nada. ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué buscas?

EL HÚNGARO.- Tú eres el que ha venido hasta aquí. Eres tú quien quiere algo.

EL HIJO.- ¿Dónde está mi hermana?

EL HÚNGARO.- Se ha marchado.

¹² ¿Pero es que no te das cuentas de que estoy a punto de echarme a llorar?

¹³ Yo también tengo miedo.

¹⁴ Ha anochecido demasiado pronto.

EL HIJO.- Te es muy fácil engañarme. Un hombre como yo. No tuviste más que acercarte para que me pusiera a temblar como un niño. Tu hermano había muerto y estabas solo. Y quizá yo también me sentía solo. Y ella, ella también. Sin hacer nada, paseándote por delante de nuestra casa, haciéndonos creer que tenías algo que nosotros deseábamos, pero era mentira. Estás tan podrido y tan solo como nosotros. Y ahora creo que más que nosotros. ¿Qué es lo que vas a hacer con ella? ¿Dónde la vas a llevar? ¿Qué vida quieres para ella?

EL HÚNGARO.- No lo sé, sólo quiero marcharme.

EL HIJO.- ¿No lo sabes? Es cierto que mi hermana no es feliz con nosotros. De eso te has aprovechado Pero, ¿qué tienes tú mejor que nosotros? ¿qué puedes darle que no le demos nosotros?

EL HÚNGARO.- No creo que quieras oírlo.

Los ojos de EL HÚNGARO se hundes en los de EL HIJO, lentamente y sin disimulo. Las sirenas de la policía suenan cada vez más cercanas. Se escuchan los primeros gritos y aparece un resplandor lejano.

EL HIJO.- Ya lo he oído. Tantas veces, a solas. Desde que llegaste. Te mirábamos caminar, saludarnos con la mano en alto, guiñarnos el ojo y luego, cuando nos quedábamos solos, hablábamos de ti como dos niños. Encerrados en la habitación, imitando tu forma de caminar, riéndonos de tu acento cuando nos decías “hasta mañana, amigos. Muy buenas noches, amigos”. Y poco a poco, en nuestra casa resucitaron los viejos miedos, los reproches. Y yo pensaba: “¿Qué ocurre en casa, qué está ocurriendo en mi casa?” Y nuestras voces dejaron de ser tranquilas y mi hermana y mi madre empezaron de nuevo una guerra que habíamos olvidado. Mírame cuando te hablo. Te he tenido miedo. Es cierto. Y he sentido amor. (*Ríe.*) Amor por primera vez con treinta años, qué ridículo. Es cierto. Te he querido porque eres hermoso y estabas asustado y yo pensé que quizá... pero la elegiste a ella. Y yo callé y traté de olvidar. Porque uno de los dos al menos te tendría. Pero todo se estropeó. Nadie tuvo la culpa. Ya no hay dinero. Y tu hermano, ¿quién tiene la culpa de eso? (*Pausa.*) Ahora sé porque sonríes siempre. Es miedo. ¿Verdad? ¿Lo oyes? Sabes a lo que vienen. ¿Crees que vas a engañar también a la policía? Te supliqué que te marchases, que dejases a tu hermano dormir en paz y dejases que mi hermana te olvidara. Pero tú no escuchas, sonríes, fumas y no te importa. Pero ya no puedo ayudarte. Dime dónde está mi hermana y desaparece.

Las sirenas de la policía suenan muy cerca. EL HÚNGARO sale corriendo pero EL HIJO logra detenerlo y tirarlo al suelo.

EL HÚNGARO.- *El akarok memni, el kell mennem*¹⁵!

EL HIJO.- Mi hermana, ¿dónde está?

EL HÚNGARO.- Te juro que no lo sé.

EL HIJO.- ¿Cómo quieres que te crea?

EL HÚNGARO.- ¡Suéltame!

EL HIJO.- ¿Dónde te está esperando?

EL HÚNGARO.- ¡Déjame marchar!

EL HIJO suelta a EL HÚNGARO. Quedan uno enfrente del otro. De entre el murmullo de frases se distinguen las primeras palabras susurradas, gritadas, rebotando en las paredes del invernadero: los húngaros, los húngaros, los húngaros.

EL HIJO.- ¿Por qué lloras? Dime, ¿por qué lloras?

EL HÚNGARO.- *Harag, harag*¹⁶!

EL HIJO.- ¿Tienes miedo de la policía? ¿Tienes alguna cuenta pendiente?

El Húngaro sale corriendo. Llegan los coches de la policía y los gritos.

¹⁵ Quiero macharme. Tengo que marcharme.

¹⁶ ¡Es rabia, es rabia!

VIII

A MAGYAROK TÁNCA¹⁷

Desde la carretera, tras las alambradas, los invernaderos, las sirenas de la policía y un griterío que de gente que corre de un lado a otro. EL HÚNGARO besa por última vez la cruz bajo la que descansa su hermano y se persigna. Mira con impaciencia un reloj que brilla en mitad de la oscuridad como un disparo. Un par de pasos cercanos e invisibles.

EL HÚNGARO.- ¡Has venido! (*Silencio.*) Vámonos, han llamado a la policía. (*Silencio.*) ¿Dónde estás?

LA MADRE.- ¿Dónde está mi hija? (*Coge la pala, que había quedado abandonada en la tierra removida. EL HÚNGARO retrocede.*) No te muevas. ¿Dónde está mi hija?

EL HÚNGARO.- Debería estar aquí.

LA MADRE.- No me mientas. ¿Qué has hecho con mi hija? La policía te hará hablar. ¿Dónde está mi hija?

EL HÚNGARO.- ¿Su hija? ¡Mi hermano! Usted se atrevió a sacarlo de la tierra.

LA MADRE.- Yo lo enterré como a un ser humano. ¿Dónde está mi hija? ¿Cómo has podido?/

EL HÚNGARO.- No hice nada que ella no me pidiese.

LA MADRE.- ¡Es una niña!

EL HÚNGARO.- Para mí no, para ella no.

LA MADRE.- Ojalá tuviera fuerzas, ojalá no me temblaran las manos y pudiera matarte. Devuélveme a mi hija. Si lo haces, yo haré que la policía no te encuentre y podrás volver a tu país, con tu familia, si es que la tienes y ahí sigas riéndote de nosotros.

De repente, en la penumbra, una llama se levanta y corre por la noche. Los invernaderos crepitan y una bandada de gritos sobrevuela el plástico

La Madre.- ¿Qué ocurre?

El Húngaro.- ¡Están locos! Han prendido fuego a los invernaderos.

¹⁷ La danza del húngaro.

La Madre.- Mi hija, ¿dónde está mi hija?

El Húngaro.- ¿Qué queréis? ¿Quemarnos vivos en los invernaderos?

La Madre.- Cállate. ¿Dónde está mi hija?

Las llamas bailan ante sus ojos aterrorizados. EL HÚNGARO le quita la pala.

El Húngaro.- ¿Por qué desenterró a mi hermano?

La Madre.- ¿Dónde está mi hija?

El Húngaro.- Salió hiriendo, se marchó de los invernaderos. No grite, no queda nadie allí.

La Madre.- ¡Habla!

El Húngaro.-No sé dónde está su hija. Pero su hijo se quedó en los invernaderos.

LA MADRE corre hacia los invernaderos.

(EL HÚNGARO se tumba donde enterró el cuerpo del hermano. Sobre la tierra, con la cabeza junto a la cruz, no escuchó los gritos, las manos que lo arrastraban hasta la camioneta. Cuando despertó, semidesnudo en el banco de la cárcel, creyó que esa oscuridad era la de la tierra callada y buena; y que su respiración entrecortada era el espíritu de su hermano que le cantaba al oído.)

IX

A FIÚ HALÁLA

Cuando EL HIJO se quedó solo en los invernaderos, paralizado en la desesperada quietud del plástico y del silencio, sintió ganas de echarse a llorar. Pero en la calma de la estructura hueca, algo parecido a la serenidad le golpeó en la frente. Así que simplemente decidió esperar. A que amaneciese o a que ocurriese algo entre el amanecer y aquella paz.

Por eso se sentó sobre un montón de sacos de tierra y sonrió tranquilamente. Afuera, a través de las láminas de plástico, la oscuridad se abría dejando escapar las primeras luces de un nuevo día.

Cerró los ojos. Se esforzaba por retener aquella paz, aquel júbilo que sentía por vez primera. En su pensamiento se contemplaba a sí mismo, pero visto desde el techo, sentado sobre los sacos de tierra, esperando el amanecer, con el cigarrillo que daba saltos entre sus dedos y la camisa de pana. Por un momento se creyó hermoso. Tenía treinta años y estaba solo. Pero ahora no importaba. Ahora él era aquella paz y el amanecer que llegaba desde lejos. Era aquel montón de sacos de tierra y su esperanza. Era el aire caliente de los invernaderos y de su silencio.

Afuera la lluvia y las carreras por el descampado. Afuera los gritos y las sirenas de la policía. Pero él confiaba en ese amanecer ya que iluminaba débilmente los invernaderos. Por eso no escuchó los gritos. Y cuando el plástico empezó a arder, él disfrutó de ese calor, del resplandor que presentía detrás de los párpados.

Sonreía. Acariciado por el humo y la lluvia que se colaba por los huecos que el fuego abría. Decidió quitarse los zapatos, luego la camisa. Siempre con los ojos cerrados. Sin querer pensar. Sin querer saber dónde estaba Sólo el calor y la paz y el poder olvidar para empezar de nuevo. Sonreía. Afuera la gente corría de un lado a otro. Huyendo de la lluvia y del fuego. Alguien gritó sin saber qué. De los invernaderos, en el corazón

negro de la noche, un batallón de chispas ascendía por el cielo en frenética carrera para estallar por última vez.

Cuando EL HIJO abrió los ojos fue porque una boconada de aire caliente le golpeó la cara, como un puñetazo rápido. Tuvo tiempo de ver cómo el techo se venía abajo, convertido en fuego y humo. Intentó pensar. Recordar dónde estaba la salida para escapar. Pero el multiplicado olor a plástico quemado le agarrotó la garganta y empezó a temblar, incapaz de moverse, anclado por los pies al pedestal de su horror. Trataba de correr, de mover las manos, las piernas. Se dio cuenta de que las primeras ascuas ya habían caído sobre su torso y que le habían dejado pequeñas manchas púrpuras sobre la piel. Notó ahora el dolor y alzó la cabeza. Amanecía. O quizá no distinguía la noche del fuego. Quiso correr. El fuego trepaba por las láminas de plástico, saltaba entre las plantas, estremecidas bajo la ligazón del fuego y de la lluvia; las latas de fertilizantes estallaban por los rincones.

Afuera, detrás del cordón, la gente se agolpaba para ver el espectáculo :La Madre no dejaba de gritar el nombre de su hijo una y otra vez, sujeta por mil manos que le impedían cruzar el cordón. Gritó que ella también se quemaba, que estaba ardiendo bajo las ropas. Luego, las sirenas de los bomberos y las carreras.

Dentro EL HIJO cerró los ojos. Pensó en su madre y en su hermana. Y en los pocos momentos en que creyó ser feliz. Intentó imaginar a su padre pero se dio cuenta de que se imaginaba a él mismo dentro de unos años. Gritó horrorizado al darse cuenta de que nunca vería esa imagen. Pensó de nuevo en su hermana. Pensó que la quería. Se preguntó si estaría bien, si ahora que él iba a desaparecer ella estaría bien. De entre las llamas y el estruendo de las estructuras metálicas derrumbándose creyó oír cómo su madre lo llamaba. Pensó que se había vuelto loco, que la gente al morir se volvía loca. Un grito de su madre. Pensó que la quería, que la había querido demasiado. Recordó aquel camino de abedules del que siempre le hablaba. Le temblaban las manos. Quiso calcular cuánto tiempo había pasado. Un segundo, quizá dos. Quiso desmayarse o tener las fuerzas para atravesar la pared de fuego. Pero no podía moverse. Recordó el aliento de EL HÚNGARO. Y se negó a pensar más. Luego, fue rápido. Cuando cayó al suelo pudo por fin llorar. Afuera ya había amanecido. El invernadero se desplomaba convertido en un manojó de hierros y de ceniza. Sintió el fuego, el humo, quiso no darse

cuenta, creer que no había sangre dentro de su cuerpo y que no le dolería, que no habría dolor. Fue rápido. Un golpe de viento, la tierra bajo las palmas de sus manos. La carne que se desgarraba y caía al suelo, lentamente como resina arrancada de los troncos. El cuerpo bajo las dentelladas del fuego, la vida toda que se escapaba sin saber dónde...

Afuera LA MADRE grita, sacudida por un dolor del que había huido durante toda su vida. Derrotada por la desgracia, quiere desaparecer, arrojarse sobre el amasijo humeante y morir allí, junto a su hijo. Bajo las ropas su piel se agrieta y detrás de sus lágrimas ve cómo el cielo se abre y deja caer flores amarillas y ramas tronchadas. Ahora ella no era más que ella. Ahora estaba sola. Quiso morir pero la sangre la mantenía en pie como un espantajo de miedo y ceniza.

La lluvia, al caer sobre el fuego apagado, produce el mismo ruido que las lágrimas de LA MADRE sobre su pecho.

X

DE NUEVO AL AMANECER

(Cuando LA HERMANA lloraba en su habitación, escondida bajo las sábanas, sintió una bocanada de aire caliente entre los muslos. Con pereza, abrió la ventana y vio que a lo lejos los invernaderos ardían como un montón de hojarasca. Sin vestirse, salió de la casa. Por el camino se cruzó con la gente que iba y venía, con las ambulancias y con los coches de policía. Quiso no imaginar. Desvió su pensamiento hacia la pequeña molesta que le producían las piedras en las plantas desnudas de los pies. Cuando llegó y vio el plástico quemado supo que algo que amaba había desaparecido. Luego, al mirar a su madre, gritó el nombre de su hermano.)

Amanece. Sobre los escombros humeantes, la ceniza revolotea y da vueltas para luego perderse en la luz gris de la mañana. LA MADRE, quita, con los ojos clavados en el suelo. A su alrededor, las últimas sirenas y las últimas voces. El cordón de la policía, la ambulancia que se lleva lo que fue su hijo. De nuevo alguien susurra: los húngaros, los húngaros, los húngaros.

LA MADRE.- “Es mi hijo”, les dije, “tiene que perdonarme antes de que se lo lleven”, les dije. Pero no querían Y me apartaban. Pero yo hablé y les supliqué: “No lo entienden, ¿no ven que yo estoy en mí y dentro de mi hijo y que si él no me perdona nunca estaré en paz?”. Pero no me escuchaban. Y se lo llevaron. Me lo quitaron de los brazos y lo metieron en una ambulancia. ¿Para qué una ambulancia? Yo les suplicaba y la ceniza caía en mis manos, en mis ojos, en mi boca. Yo les suplicaba pero no me entendía. Y yo besaba a tu hermano sin saber qué besaba. Porque era mi hijo, mi hijo. Yo estaba en él y ahora está muerto.

LA HERMANA.- Mamá...

LA MADRE.- Y le dije “tienes que perdonarme, hijo, tienes que perdonarme por haberte querido demasiado. Perdona a tu madre. Perdona sus lágrimas y su cansancio”. Yo gritaba contra las sirenas. ¿Por qué me quitan algo que yo he parido, con qué derecho? Y yo le hablaba a tu hermano, de la carretera de abedules, y de los ojos de su padre, profundos y tibios como sus ojos, y le decía que no llorase, que no llorare.

LA HERMANA.- Mamá, lo han detenido, estoy sola.

LA MADRE.- Yo le hablaba de la carretera llena de abedules y de cómo el viento partía la corteza de los pinos y dejaba escapar ese olor dulce, cálido, como olían las manos de su padre. Y le hablaba de Dios. Pero era mentira. Porque yo era él y él está muerto. ¿Cómo voy a perdonarme?

LA HERMANA.- Mamá, vamos a casa, tenemos que prepararlo todo.

LA MADRE.- No, tengo que quedarme. ¿Adónde voy a ir yo ahora? Ellos no me escuchaban. Les dije: “un poco más, déjenmelo un poco más”. Pero no me entendía. Porque había que enterrarlo, decían, y tenían que llevárselo. ¿Por qué deciden ellos cuando entierro a mi hijo? Pero se lo llevaron. Y no me ha perdonado. Porque yo le hablaba de tu padre, y de ti, y le preguntaba por qué no había sabido quererlos, si yo estaba en mí, y en ti, hija mía. Pero no contestaba. Porque estaba muerto, decían, y no podía perdonarme.

LA HERMANA.- Mamá, no sigas hablando/

LA MADRE.- Un poco más, un poco más, les dije.

LA HERMANA.- Mamá/

LA MADRE.- Un poco./

LA HERMANA.- Mamá, dame el brazo. Ahora tenemos que volver a casa.

Oscuro final.